

# Habitar el vacío: intervenir el desierto

Gabriel Trujillo

GABRIEL TRUJILLO (Mexicali, BC, 1958). Poeta, narrador, ensayista y editor. Es uno de los escritores más prolíficos de su generación. Autor de las novelas *Laberinto* (1995), *Mezquite Road* (1995), *Conjurados* (1999), *Espantapájaros* (1999), *Tijuana City Blues* (1999); de los libros de poesía *Percepciones* (1983), *Moridero* (1987), *Tras el espejismo* (1989), *Mandrágora* (1989), entre otros; en el género de ensayo *Tres ensayos sobre el ensayo bajacaliforniano* (1988), *Alabanzas y vituperios* (1990), *La ciencia ficción. Literatura y conocimiento* (1991); de cuentos: *Miríada* (1991), *Trebejos* (2001), por mencionar algunos. Además, está incluido en una decena de antologías y su obra se ha traducido al inglés, ruso y alemán. También ha sido ganador de premios estatales y nacionales en diversas ocasiones en los distintos géneros.  
gtm@info.rec.uabc

Leo Nash llama a sus instalaciones «poblaciones temporales» que buscan nuevas formas de reconectarse con una «esencia espiritual», donde el paisaje se convierte en un lienzo para que el artista establezca, a partir de una obra puesta y dispuesta, «una nueva mitología emergiendo en el planeta». Allan Mc Collum, por su parte, ha buscado mostrar modelos pequeños de formaciones naturales que funcionen como souvenirs de una realidad inmensa que el artista hace manejable. Lo imposible se vuelve posible a la vez que nos confronta con un orbe en serie, donde nuestro propio mundo, no importa su escala, termina como un producto más en el escaparate de una tienda o un museo. Christo, en contraste, no pretende reconectarse con la naturaleza ni modificar su perspectiva, sino enmascararla, proporcionándole una nueva fachada. Transforma así, un lago, un bosque o una colina en objetos de diseño industrial, como si fueran una metáfora de la suplantación de lo natural por lo artificial.

Todos estos artistas hacen un arte de intervención en la naturaleza. Es decir, no son creadores pasivos que solo contemplan el mundo y luego lo reproducen, como los artistas tradicionales, sino que son creadores activos, que moldean y modifican el paisaje al incluirlo como parte de sus obras.

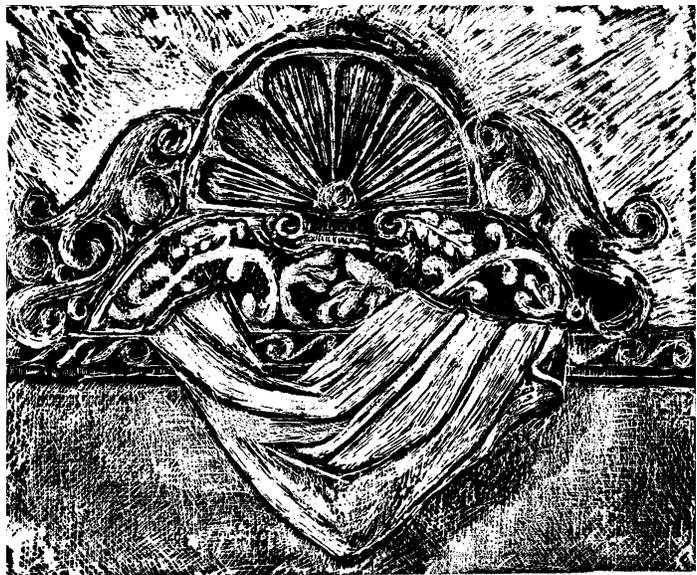
El reto mayor no es sin embargo, cuando la naturaleza que intervienen ya es pródiga en elementos visuales, sino cuando esta se sostiene en el vacío. El ejemplo paradigmático serían paisajes donde la ausencia de elementos constitutivos define su presencia: la tundra sería uno de estos paisajes. El otro es, sin duda, el desierto. En ambos, la palabra épico describiría lo que han sido y son para el ojo humano. Espacios abiertos a toda interpretación. Zonas donde la nada prevalece.

Nash ha tomado el desierto para crear «viejos rituales y celebraciones», mientras Mc Collum ha puesto en serie la iconografía de los picos de arriba del cerro de Centinela, que está situado en frontera de México-Estados Unidos. Pero quien ha hecho del desierto mexicano su taller permanente de experimentación ha sido Alfredo De Stéfano Farías (Monclova, Coahuila, 1961), que con su reciente libro *Habitar el vacío* (CNCA-Universidad Autónoma de Coahuila, 2002), nos ofrece una visión específica: la del paisaje intervenido por bloques de hielo, círculos de fuego, escaleras rumbo al cielo, espejos que simulan ojos de agua, árboles o aves disecadas, huesos y estacas de madera, piedras y relojes. Como el propio De Stéfano lo dice en la entrevista que José Antonio Rodríguez le hace en el libro:

Soy un artista que reflexiona sobre la intervención. Realmente parto de una base científica. Parte de mi trabajo fuera del de autor es hacer libros y actividades de divulgación científica, por lo que siempre tengo contacto con biólogos, paleontólogos, arqueólogos, con gente que estudia la naturaleza o la presencia del hombre relacionada con la naturaleza y esto alimenta mi obra personal. Así es como llego a conocer lo que sucedió aquí hace miles de años y a preguntarme cómo regresar no sólo lo que el hombre sino el tiempo le quitó.

Intervenir el desierto es para este creador, una manera de sembrarlo con antiguos y nuevos significados, con elementos complementarios o contrastantes que le permiten ver más allá de su aparente vacío:

Sí, a veces es como sembrar; es como una semilla simbólica. En esa foto donde hay un desierto y unas rocas muy redondas, que son cantos rodados que solo encuentras en arroyos, se hace evidente que nunca vas a encontrar rocas de este tipo en un lugar donde nunca hubo un arroyo, salvo hace miles de años. A veces llevo elementos que provienen de 300 o 4000 kilómetros de ese lugar, aunque sigan siendo del desierto. Elementos del mismo desierto pero con cientos de kilómetros de diferencia y los coloco en otro espacio. [...] Si bien la propia Tierra lleva un proceso de erosión, el hombre lo ha acelerado y mi trabajo busca advertir esa parte doliente que tú mencionas. Señalar que éste era un lugar con más vida, a pesar de que no tenga los elementos que comúnmente remiten a la vida, como son los árboles o arroyos, sigue habiendo una infinidad de vida en este espacio que a simple vista es árido. Introducir esos elementos es como evidenciar todo esto, es como un lenguaje doble: de alguna manera adviertes lo que sucedió, lo que



hicimos, pero de otra manera lo celebras, ya que para mí el desierto es una celebración a la vida aunque no lo parezca. ¿Por qué es una celebración? Porque los que viven en el desierto pasaron por un proceso de evolución y de adaptación, y no hablo de pequeñas plantas e insectos que es lo que más abunda, sino de la convivencia del hombre que lleva cientos de años conviviendo con el desierto, es en sí una celebración, ya que no es algo fácil de soportar sus condiciones.

Para mí el desierto es también un espacio de celebración visual y de reflexión, donde uno puede sentir lo pequeño que es dentro del espacio, ya que en el bosque o la selva el rango de vista es de metros pues tienes el follaje, pero el desierto no y por eso siempre ha sido recurrente en los pensadores y religiosos. De ahí que mi lenguaje busque advertir y celebrar, puede ser ambiguo pero trata de decir «aquí estamos y aquí nos toca vivir», esto va a crecer, no es algo pasado mañana va a estar verde, es algo que va a crecer y quizá sea más árido y más terrible. También es un privilegio estar en ese lugar, es un espacio que te permite vivir de una manera distinta pero también es tan difícil generar la vida en ese espacio que te obliga a apreciarla más.

La obra de De Stéfano es la de un hombre del desierto, la de un solitario con sus propios sueños de árida belleza, con su monólogo de silencios y de aullidos. En las fotografías y videos que documentan sus instalaciones se nota no la mirada del cazador de imágenes, sino la visión del eremita, del peregrino en busca de revelaciones. No es un artista místico que pretende crear una metafísica de las arenas sino todo lo contrario: es un arqueólogo que crea sus propios monumentos a explorar, que levanta las ruinas que el futuro habrá de exhumar. Un científico que ha logrado la

sabiduría del tiempo como transcurso, como discurso. Solo o acompañado de pintores como César Castro y fotógrafos como Virginia Aldana, en *Habitar el vacío* las intervenciones se dan en el escenario de los desiertos que colindan con Mexicali, la ciudad capital de Baja California. Allí es donde los espejos redondos, los círculos de fuego, las mangueras de agua o las escaleras paradas para subir al firmamento hablan también de lo que es, en su infinitud, en su horizonte, la laguna salada o la sierra de los Cucapá. Por eso, José Antonio Rodríguez lo llama «un moderno pionero en una exploración (literal) del desierto» y asegura que:

De Stéfano creó en esta obra en las regiones del desierto de Coahuila así como en Baja California, dos estados que comparten la frontera con Estados Unidos. Los seres humanos se encuentran ausentes de estas fotografías, sin embargo, su presencia es percibida. Al mirar estas imágenes, es difícil no evocar las innumerables personas anónimas que furtivamente atraviesan estos ásperos y secos paisajes en un esfuerzo por cruzar la frontera sin ser detectados por las autoridades civiles. De hecho, es en estas regiones tan cercanas a la frontera, donde los trabajadores migratorios menos preparados encuentran la muerte, un hecho que otorga una vitalidad especial a la apariencia desoladora de estos lugares, excepción hecha de las intervenciones del artista. Con su trabajo, De Stéfano calladamente sugiere que incluso dentro de las extensiones de paisajes aparentemente tan marginales al desarrollo social, el impacto de las fronteras geográficas, los estatutos políticos y la disparidad económica pueden ser dolorosa e insistentemente padecidos.

En su más reciente trabajo, De Stéfano nuevamente penetra en el terreno des-

értico, pero ahora, se compromete con la naturaleza al crear intervenciones que intencional y enfáticamente dinamizan el paisaje y nos compelen a imaginar nuestra relación con el mundo natural de maneras nuevas. Significativamente, las instalaciones del artista son temporales. Al crear estos trabajos con los mismos materiales del desierto. De Stéfano produce un diálogo con la tierra pero no la transforma permanentemente. Reflejando la mortalidad inevitable de toda forma de vida, con el transcurso del tiempo estas formas serán subsumidas por su ambiente y sólo quedará el rastro de las acciones del artista en la superficie del desierto. Para el espectador, lo que queda es otro legado: las fotografías poderosamente evocadoras, documentos de evanescencia inminente y de ricos actos creativos derivados del territorio más austero de la tierra.

La pregunta fundamental que queda en los espectadores de la obra de este artista coahuilense es: ¿qué simboliza todo esto: los objetos enfrentados al vacío, el desierto como testigo mudo de estas instalaciones, la representación de una topografía de colores vivos y elementales? La respuesta va más allá del arte y su lenguaje. Creo que Alfredo De Stéfano ha encontrado en los desiertos del norte su Eldorado. Esto es: estamos ante la escenificación de una utopía, de una quimera. La obra de nuestro creador es la proclamación de una tierra prometida que el artista reconfigura, un espacio donde todos los tiempos pasados, presentes y futuros se entremezclan. Un rizoma donde la mirada funda sus propias mitologías interactivas, el calendario de la creación que no cesa de transformarse, de la luz que nos habla a través de las sombras que provoca. Ver el desierto de esa manera es contemplar un mundo ajeno a este mundo. Un territorio extraterrestre donde lo humano es una metáfora prescindible. De Stéfano ha encontrado su paisaje, el corazón de su arte, en el desierto. Y al mostrarlo como un espa-

cio que es más que piedras, arena y cactus, lo ha expandido hasta hacerlo su idilio salvaje, su mejor y más, entrañable desnudo fotográfico:

Creo que voy a seguir ahí por mucho tiempo, siento que el desierto da para mucho más y creo que me voy a quedar con el paisaje. El desnudo fue un proceso de manejo de mi fotografía como autor. Para mí hacer desnudos en la fotografía es como un ejercicio de mover la mano, al igual que quien hace pesas y a la vez corre. En la fotografía acercarse al desnudo también es una forma de ejercicio porque el cuerpo se presta para muchas posibilidades, es un territorio vastísimo, infinito, fascinante, porque tiene muchas lecturas y maneras de verse. Sin embargo, como autor ya no me decía nada, y me gusta pero ya más como un ejercicio personal, privado, no como el paisaje que es algo que me apasiona. A mí me gusta la naturaleza, específicamente el desierto. No me veo en estos momentos haciendo una obra de autor distinta al desierto. 🌵